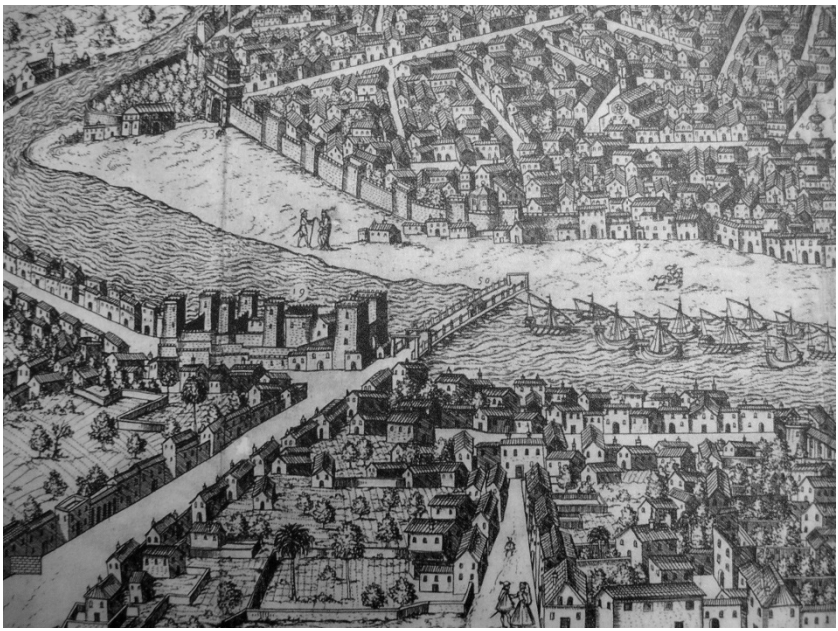
José Manuel Cano Pavón

Los jóvenes herejes

Los jóvenes herejes



Los jóvenes herejes
José Manuel Cano Pavón

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-16359-65-3

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2015 José Manuel Cano Pavón
© 2015 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Vista parcial de Triana y Sevilla,
con el castillo de San Jorge o de la Inquisición
y el puente de barcas

(Grabado de Antonio Brambilla, fines del siglo XVI.
Con autorización de la Biblioteca Nacional)

1

Álvaro llevaba varias semanas buscando el momento adecuado para hablar con su padre, don Lorenzo de Torres, que era uno de los hidalgos principales de su pueblo, de la ilustre Lebrija, situada como a unas catorce leguas de la ciudad de Sevilla. El lugar era afamado por los productos de sus feraces campos y por las vasijas que se fabricaban en los diversos hornos alfareros que había en la villa. Don Lorenzo era hombre serio, aparentemente poco cariñoso, y siempre de recia moral, algo que no había heredado precisamente Álvaro. Parecíale a éste que su padre, que frisaba los cuarenta y cinco años de edad, se comportaba así porque quería mantener la distancia generacional, ya que posiblemente pensaba que un acercamiento excesivo haría que le perdieran el respeto. Álvaro creía que se equivocaba, porque todos los jóvenes de su edad tenían asumido desde niños que la figura del padre tenía como un aura sagrada, y acertaran o se equivocaran (al fin y al cabo eran humanos) en sus decisiones éstas serían obedecidas ciegamente por todos, fueran varones o féminas. Y su familia de siempre había estado unida como una piña, igual que sus progenitores estuvieron unidos a las de sus padres mientras éstos vivieron, y aún después de muertos ese vínculo casi sagrado se había mantenido, y para él sus primos venían a ser casi como hermanos, aunque comprendía que el tiempo los iría distanciando paulatinamente.

Ellos eran seis hermanos, tres varones y tres hembras, aunque podían haber sido más, pero la muerte se cebó en la infancia con otros cuatro que nacieron también del vientre de su madre, doña Isabel de Ayora. Por lo general aquellos niños malogrados habían muerto de graves catarros en invierno o de diarreas en la época estival, lo que no era nada raro en ese y en otros lugares que él conocía y que en parte —a su modesto entender— eran consecuencia de la ignorancia de los médicos que no salían de los aforismos de Hipócrates. Más éxito tenían las pócimas y ungüentos que fabricaba don Alberto Arriaza, el boticario de origen vasco, que además tenía en la comarca una reconocida fama de alquimista y que por otra parte era un entusiasta paracélsico, y por este motivo había estado en dos ocasiones bajo discreta vigilancia del Santo Oficio. Álvaro pensaba para sus adentros que el oficio que ejercían los inquisidores no era precisamente santo, aunque cuidaran de la ortodoxia de los fieles creyentes. Pero los métodos que usaban no terminaban de gustarle, abominaba de la violencia y de la coacción, opinión que era también compartida por sus amigos y por otra mucha gente, pero la Inquisición creaba una atmósfera de pánico soterrado entre los cristianos, que siempre temían desviarse por cualquier motivo, incluso involuntariamente, de la ortodoxia católica, y por eso nadie osaba significarse. El miedo a perder la vida y la hacienda lo enseñoreaba todo.

Al fin, un domingo después del almuerzo solemne que invariablemente se celebraba en el salón principal de la casa, y en el que casi siempre había pollo como plato principal guisado de mil formas diferentes, y algo de pescado traído de Sanlúcar de Barrameda, acompañado de frutas de sartén (a fines del verano

había también uvas) y de vino escogido de la amplia bodega familiar, Álvaro solicitó a su progenitor que le concediera un tiempo para hablar con él en privado, algo que don Lorenzo solemnemente aceptó, lo que causó extrañeza en los miembros de su familia. ¿Qué pretendería Álvaro? —Se dijeron unos a otros sus hermanos con la mirada

Pasaron a una pieza de la casa que hacía las veces de gabinete y despacho de su padre, donde había numerosos libros de literatura, de geografía y de historia, además de matemáticas, materia a la que don Lorenzo era muy aficionado porque trataba de cosas útiles y además no entrañaban peligro alguno ya que en ella no cabían heterodoxias o afirmaciones heréticas de ningún tipo. También estaban allí los libros donde se anotaban los asuntos de las tierras, de la producción, de las cantidades de cereales que se enviaban a los molinos, compras, sueldos pagados a jornaleros y rabadanes y otras cosas necesarias para la buena marcha de la hacienda. Y también donaciones que se hacían a la parroquia, muchas de ellas destinadas al auxilio de los menesterosos y otras para el mantenimiento del culto. Don Lorenzo, como hidalgo y por lo tanto perteneciente a la baja aristocracia, estaba exento del pago de los diezmos a la Iglesia, diezmos de los que la Corona arramplaba con la tercera parte, que eran las llamadas tercias reales. En la pieza había un reloj comprado hacía poco, de pequeño tamaño, menor que el que poseían en el salón comedor, que era admirado por vecinos y parientes que se dejaban caer por la casa de tarde en tarde. La esfera del reloj estaba dividida en cuartos, y el artefacto poseía también una campana que daba las horas.

—Bueno, Álvaro, siéntate y dime con sosiego lo que quieres.

Aunque la presencia de su padre siempre le imponía, el joven le soltó de corrido lo que quería decirle, algo que se había aprendido anticipadamente.

—Padre, quiero pediros licencia para viajar una larga temporada por los reinos de España y si acaso del extranjero en los que no haya guerras. Y si las cosas fueran bien y encontrara una mujer virtuosa, desposarme con ella, siempre que a vos os pareciera conveniente.

Don Lorenzo quedó un poco sorprendido. Al ser Álvaro el segundón (el mayor era su hermano Benito) él había pensado que se hiciera sacerdote, y que fuera prosperando en la Iglesia, ya que era muchacho despabilado e inteligente; tal vez podría alcanzar un obispado en un lugar ventajoso. Y con esas miras su segundo hijo había estudiado con aplicación en la Universidad de Sevilla y ya era bachiller en leyes y cánones, faltándole los estudios de teología para poder ser sacerdote. Pero siempre le había entrado la duda de que Álvaro fuera lo suficientemente reposado y devoto para tomar los hábitos religiosos. La vida eclesiástica requería un punto de seriedad y gravedad, y no tenía que estar reñida necesariamente con la alegría, pero Álvaro era demasiado jocoso y dicharachero y todavía algo juguetón y por eso su padre presumía que no iba a ser un buen clérigo, lo suficientemente asentado como para pastorear la feligresía de una parroquia.

—Vos sabéis padre —continuó Álvaro tras una pausa— que a mí no me tiran los asuntos eclesiásticos, y que antes hubiera preferido dedicarme al noble oficio de las armas y sentar plaza en los tercios de Flandes...

—Lo de ir a los tercios te lo tengo prohibido, porque casi siempre están en guerra contra los infieles flamencos y de esas pendencias no puede salir nada bueno, salvo que te maten y yo pierda otro hijo. Ya sé que Benito será el principal heredero, el que se hará cargo del mayorazgo cuando Dios disponga que yo deje este mundo, pero fuera de los bienes del mayorazgo tengo otras tierras y casas que repartiré entre los demás, porque no quiero que mis hijos pasen necesidades y tengan que dedicarse a oficios serviles.

—A mí, padre, ningún oficio me parece servil, si uno se dedica a ellos con honradez y limpieza de alma.

—No te digo que no, pero la gente, la sociedad en la que vivimos, piensa otra cosa, y no vas a ser tú el que saque los pies del plato. Los hidalgos y sus descendientes no deben trabajar en determinadas cosas, principalmente en oficios mecánicos. Y dime ¿con que medios cuentas para el largo viaje que piensas hacer?

—Quiero llevarme a Sebastián Parrado, el rabadán al que conozco mejor, tiene dieciocho años, uno menos que yo, es muchacho honrado y listo, al que he instruido durante las vacaciones que he pasado aquí y en los meses que estuvo en Sevilla como criado mío, y ahora el rapaz sabe leer y escribir, y las cuatro reglas, además de algo de latín, y algunas nociones de geografía. Será mi criado, igual que lo fue el curso pasado en la universidad, sólo por la comida y el vestido, aunque si se porta bien le puedo dar algunos maravedises para sus gastos.

—Bien, me parece correcto, no quiero que marches solo, a la buena de Dios. Pero también es necesario que lleves dineros

(don Lorenzo hablaba con un cierto engolamiento, quería ser solemne y afable al mismo tiempo, algo que no conseguía más que en contadas ocasiones). ¿Cuántos ducados necesitarás?

—Los que vos me deis, padre, serán bien recibido, pero no quiero que con ello pueda perjudicar a mis hermanos. Puedo trabajar en cualquier sitio, como escribiente o traductor, y puedo —podemos— ir a comer a cualquier convento que nos acoja. No quiero ser el hijo pródigo que cuenta el Evangelio.

—Todo eso que dices te honra, Álvaro, y es una muestra de tu bondad de carácter y tu buena crianza. Pero yo soy hombre práctico y no quiero dejarte desasistido. Te voy a dar mil ducados, pero sólo llevarás en mano como doscientos porque, como tú sabes, por estas comarcas andaluzas son habituales los ladrones y salteadores de caminos. Para cuando necesites disponer de más te daré unos documentos para que te faciliten dineros los banqueros con los que tengo intereses. Son dos hermanos italianos, los Piazza, uno vive en Sevilla y otro en la Corte. Les escribiré mañana mismo para que estén avisados, porque los banqueros suelen ser gente desconfiada, lo cual es lógico por las reservas que tienen que tener en sus actividades en las que manejan bastantes caudales de muchas y variadas gentes.

Quedó muy contento Álvaro por las facilidades que le había dado su padre, y por la generosa suma que había puesto a su disposición. Menos alegre se puso su madre, doña Isabel Ayora, mujer de carácter acomodaticio, que no se atrevía a contradecir a su esposo y procuraba matizar sus decisiones con tacto y discreción; a ella no le gustaba que sus hijos se fueran lejos de su pueblo, porque en los distanciamientos veía peligros

y asechanzas, pero Álvaro le dijo que en realidad sólo iba a hacer un viaje no demasiado largo, a conocer mundo, que toda su vida hasta entonces se había desarrollado entre Lebrija y Sevilla en la que había cursado sus estudios universitarios. Álvaro era un joven bien plantado, de ojos claros y cabello castaño, con la piel blanca ligeramente tostada por el sol del campo, que no usaba barba porque decía que le molestaba para comer y le daba calor. Y tenía un carácter que cautivaba a la gente independientemente de su condición. Bastantes muchachas en flor de familias principales de Lebrija tenían puestos sus ojos en él, a pesar de que sólo fuera el hijo segundón de un hidalgo, pero su padre podía considerarse como rico, aunque era rico en su pueblo, en otras poblaciones más principales, como Jerez, posiblemente sería de clase media por lo que se refería a la fortuna.

2

Con las bendiciones de su padre, Álvaro comenzó a organizar la aventura, de la cual ya había hablado desde hacía tiempo con Sebastián, su amigo rabadán que ahora era su criado, aunque él lo consideraba su mejor compañero. Sebastián le era fiel; a veces procuraba guardar las distancias y en público le hablaba de vos y de señor bachiller, pero cuando estaban solos se tuteaban sin ningún complejo. Se conocían desde años atrás, cuando don Lorenzo, un verano, obligó a su hijo a pasar casi todo el tiempo en el campo, para aprender las labores y tareas que se usan en estas actividades, las más importantes para el mantenimiento de la república y para que la gente tenga su sustento. Aunque su padre le recomendó que sólo fuera a observar y a tomar buena nota de las labores agrarias, no tuvo inconveniente en participar en la siega, y en la trilla y en la recolección de la uva, y también aprendió el cuidado de las ovejas y las vacas. Allí conoció a Sebastián, que era posiblemente el más fino de los rabadanes a pesar de ser de baja crianza. Ambos eran de estaturas y caracteres semejantes y por eso pronto congeniaron. Sebastián era más fuerte, porque desde pequeño había estado trabajando duro. Un día —tendría como quince años— Sebastián le preguntó si él había yacido con una mujer y Álvaro le confesó un poco avergonzado que nunca se le había dado la ocasión, y entonces Sebastián

le comentó que él había estado un par de veces en ayuntamiento con una joven guapa y humilde, que vivía de esos deslices, aunque según él no era una ramera, sino una chica que procuraba ayudar a sus padres, que se deslomaban trabajando en un modesto pegujal que tenían arrendado. Ella, en una choza muy limpia que se había apañado en un extremo de la huerta, donde también guardaban algunos aperos, había puesto una cama amplia para los escarceos del sexo, y normalmente admitía sólo a chicos jóvenes (no le gustaban los viejos ni los maduros), trabajadores de los campos de los alrededores, que le pagaban con unos maravedises o con comida. Álvaro le rogó a su amigo que le llevara y le acompañara y le guiara en una aventura con la chica —que se llamaba María del Castillo—, a lo que Sebastián aceptó, no sin poner algunos reparos:

—Lo que pasa, Álvaro, que si se entera tu padre que yo te llevo por malos caminos y malas andanzas, se enfadará y le dirá al capataz que me dé una docena de zurriagazos en los lomos, para que aprenda.

—No ha de ocurrir así, Sebastián, porque yo sé guardar los secretos, y si el capataz quiere castigarte yo se lo impediré, le diré que te he coaccionado y que me pegue a mí.

—No se atreverá en ese caso. Pero el capataz es hombre duro y algo cruel, raro es el día que no castiga a alguno de los muchachos que trabajan para él. A mí me ha dado bastantes azotes en el trasero, te baja los pantalones y te golpea con una pretina o lo que es peor, con una vara verde, que hace más daño. Aunque desde que ha visto que tengo amistad contigo no me ha pegado más.

Y una tarde Sebastián guió al hijo de su amo a la choza de María del Castillo, que era una construcción hecha esmeradamente con piedras, madera y cañas, arreglada con cierto gusto, dentro de lo posible. Álvaro estaba nervioso, porque temía no dar la talla que se esperaba del hijo de un hidalgo blasonado, y por eso le dijo a Sebastián que él actuara primero para enseñarle (la verdad es que hasta entonces las mujeres eran un misterio para Álvaro, aunque se excitara cuando veía a una muchacha guapa y de talle gentil).

Sebastián se quitó su humilde ropa y se acostó en el lecho con la moza, y ésta le cogió y besó la verga y después se besaron en la boca y acto seguido su amigo separó las piernas de la muchacha, que estaba tendida boca arriba y le introdujo su miembro viril en la vagina de la joven ramera (lo era, aunque Sebastián afirmaba que no, quizás por proteger a la joven), la cual, con la experiencia que tenía dirigió la operación. Luego ambos estuvieron retozando con parsimonia —"así dura más", dijo su amigo, y después éste eyaculó teniendo la precaución de sacar la verga en el momento crítico. Tras dejar un rato para que la moza descansara le tocó la vez a Álvaro, que se desnudó con un cierto pudor y repitió la misma actuación; comprobó que la joven tenía las carnes prietas y que de su cuerpo emanaba un calor agradable y que su aliento era fresco y excitante. No tuvo dificultad para penetrarla y sintió un intenso placer, pero no actuó con la habilidad suficiente para conseguir que su semen no se derramara dentro de la moza.

—No he podido evitarlo ¿y si ahora se queda embarazada?

—No se quedará, sabe lavarse sus zonas íntimas para que el caldo blanco que llamas semen y la gente de mi clase denomina leche por el parecido, no provoque lo que sabemos.

—Pero ¿y si un día esta mujer se queda preñada con cualquiera de sus admiradores?

—Si eso es así, Estrella la comadrona sabe lo que hay que hacer: le provocará un aborto, naturalmente que en secreto.

—¿Y no está eso prohibido?

—Pues no sé, casi todas las cosas lo están, pero es algo que todo el mundo sabe y muchas mujeres cargadas de hijos practican. Aunque también los depositan en la inclusa; raro es el día que no ingresa algún chiquillo allí.

Y Álvaro admitió esa solución como la más lógica, porque la primera alternativa implicaba a su entender un delito de homicidio de un ser que aún no había nacido pero en el que ya aleteaba la vida. Aunque no era menos cierto que los chiquillos en las inclusas vivían poco, porque aunque tenían amas de cría, éstas no daban abasto para darles de mamar a todos. Antes de marcharse, Álvaro le dio un ducado a la moza con la que se había iniciado en los secretos del sexo, y María del Castillo, impresionada por la generosidad de Álvaro (un ducado era bastante dinero para la gente humilde) le dijo que volviera por allí cuando fuera servido, que ella lo atendería con presteza. Y Álvaro no se hizo rogar y raro era el mes en el que no iba a desfogarse con la muchacha, a la que tomó gran afición hasta el punto de que cuando empezó a estudiar en Sevilla se desplazaba a veces hasta Lebrija para yacer con María del Castillo.

—Has probado la miel y quieres seguir repitiendo —le dijo Sebastián. Pero digo yo —continuó el rabadán— que no tendrías que hacer tantos viajes, que en Sevilla debe haber mozas garridas con las que puedes tener el mismo placer.

—Es cierto —le respondió Álvaro, pero ya me he acostumbrado a esta muchacha (aunque meses después seguiría los prudentes consejos de su amigo).

Su padre no llegó a enterarse de aquella aventura amatoria ni de las que siguieron. En esos asuntos era muy severo, quizás como una reacción a su padre, don Martín de Torres, aficionado a los placeres de la vida, principalmente al vino y a las mujeres, que mientras tuvo fuerzas frecuentaba las mancebías de Jerez y del cual se llegó a rumorear que tenía dos amantes en aquella ciudad, a las que les pagaba bien y les tenía puesta casas, y que posiblemente tendría hijos adulterinos, algo que don Lorenzo nunca quiso averiguar. Don Martín fue poco aficionado al trabajo y no se preocupaba mucho de su importante hacienda, "los que vengan detrás mía que arreen" solía decir, y por eso su hijo tuvo que encargarse desde muy joven de los asuntos del campo, en los que resultó ser muy despabilado y de esta forma pudo mantener los bienes y posesiones de la familia y aún acrecentarlos, y en pocos años llegó a ser uno de los hidalgos más ricos de Lebrija. Además hizo un buen matrimonio al desposarse con Inés de Ayora, que aportó numerosos bienes a la familia, al ser ella hija única. La gente decía que Alvarito salía a su madre, en la jovialidad de su carácter, en la facilidad para hacer amistades, en su independencia y fortaleza de ánimo, mientras que Benito había heredado de su padre la seriedad y un punto de tacañería.

3

El pueblo de Lebrija era por entonces un lugar importante (en realidad siempre lo ha sido), más próximo a Jerez que a Sevilla. No formaba parte por aquel entonces de ningún señorío, sino que era población de realengo. Estaba a algo más de una legua del río Guadalquivir, que con cierta frecuencia, principalmente entre noviembre y marzo, se desbordaba y las aguas se extendían por un terreno pantanoso y llegaban a veces a la proximidad de la población. Don Lorenzo de Torres y su familia habitaban en una vivienda grande de dos plantas y un mirador en la azotea, que incluyendo las cuadras y almacenes ocupaba una manzana entera en la calle denominada Corredera. Don Lorenzo creía que era un lugar más sano, porque estaba el este del río, protegido por el cerro del Castillo, donde se erigía la iglesia, y de alguna manera los mosquitos que se criaban en verano en las pantanosas marismas no solían llegar a su vivienda más que en contadas ocasiones. La iglesia parroquial era un portento arquitectónico, sólida y ligera al mismo tiempo, y en ella destacaba el retablo del altar mayor, terminado hacía poco por un afamado escultor granadino llamado Alonso Cano, que curiosamente tenía familiares en el pueblo; al decir de los entendidos era una obra de gran mérito. En otro orden de cosas, el pueblo, en el que vivían unas seis mil personas de diversas condiciones (aunque predominaban los labra-